LA Guardía Nacional.

La garde meurt et ne se rend pas.
CAMBRONNE A WATERLOO.

(NUM. 18. Este periodico se publica por lo menos dos veces a la semana. UN REAL)

LIMA, MARTES 26 DE MARZO DE 1844.

LA GUARDIA NACIONAL.

SANTA-ROSA Y LIMATAMBO.

(2º ARTÍCULO.)

Yo quiero que me digan los Aristarcos militares: ¿qué hubieran juzgado, si el Director, siguiendo los únicos principios que se creen aplicables á nuestro estado político, despues de las frioleras de Zurite, del Apurimac, y de Ocobamba, hubiera marchado de frente con los pequeños restos que le quedaban, y hubiera acometido á un enemigo orgulloso, por los repetidos favores que habia recibido de la fortuna, con un ejército mermado, y necesariamente desalentado por contrastes igualmente repetidos? Los mismos censores no hubieran tenido entónces embozo para opinar lo contrario de lo que antes opinaron. "¡Qué desacuerdo! ¡qué „ precipitacion! ¡qué niñeria! ¿No veia ese „ hombre que se iba á perder necesariamente?" Así se opinaria, porque hay lojicos que necesitan para conocer las consecuencias verdaderas de sus raciocinios, que el tiempo se las refriegue por los hocicos: así se opinaria, porque hay lójicos que no raciocinan sin el auxilio de los ojos: así se opinaria, porque hay lójicos que, mientras no se chamuscan, no pueden sospechar que el fuego quema.

Ese hombre lo juzgó así con anticipacion, sin necesidad de que una lamentable y tardia experiencia viniese á convencerle. Conoció su situacion; conoció las circunstancias peculiares del pais en que hacia la guerra; conoció la urjencia en que se hallaba de buscar en el arte militar un remedio adaptable á esas mismas circunstancias: y he aquí el oríjen del oportuno movimiento sobre la provincia de Lucanas.

Vuelvo á interrogar á los censores, y yo quiero que me digan: ¿cuál de esos soldadotes de mostachos encanecidos, que componen la faccion, cual de esos tragabalas del partido constitucional, cuál de esos matasietes á cuyas lanzas nada se resiste, se hubiera sentido con suficiente poder sobre sí mismo, y sobre los suyos; hubiera tenido suficiente certidumbre de la exactitud de sus calculos; hubiera reposado en suficiente confianza de que habia de recojer los frutos que anteriormente habia sembrado; para arrojarse á un movimiento militar que no podia surtir sus efectos sino con el trascurso del tiempo, y con la infatigable cooperacion de las autoridades civiles y militares? La respuesta es clarísima: ninguno.

Y esta respuesta no tiene nada de extraordinario para los que quieran tomarse el trabajo de pensar cinco minutos. Véanse por una parte, hombres entre los cuales no hay uno solo á quien los mas acerrimos partidarios de la faccion, atribuyan un gran talento, ni una razon cultivada. Vease por la otra, un individuo á quien sus mas acerrimos enemigos tampoco niegan una intelijencia muy poco comun, y muy ilustrada, y una educacion literaria tan esmerada, cuanto se podia obtener en los tiempos en que la recibió. Ahora bien, dedique U. á los unos y al otro á una misma carrera, que es la carrera de las armas: tengalos U. sirviendo el mismo tiempo: hagalos U. concurrir á todas las campañas. ¿Quién habrá sacado mas provecho? ¿Los que desde su juventud tomaron la espada, porque no podian tomar otra cosa, ó aquel en quien el ejercicio recayó sobre un terreno escojido por sí, y abonado por la cultura? Parece que no puede caber en ello duda, y que los que juzguen imparcialmente, no vacilarán en reconocer que no hay cosa mas racional que esperar de nuestro Jefe, en la direccion de una campaña, lo que no hay motivo alguno para esperar de los que no son jenerales sino porque en nuestra tierra el que empieza la carrera con caponas la ha de acabar necesariamente con entorchados. No diré yo que en otras tierras no haya sido la fortuna caprichosa en elevar á hombres que no lo merecen; pero nadie negará que en la nuestra, por desgracia, estos caprichos han sido el pan nuestro de cada dia. Sin ellos ¿como se verian en las filas constitucionales las charreteras que son la última insignia de la carrera, sobre hombros que no pueden llevar el grave peso que trae consigo esa alta jerarquia? ¡Rara suerte la de las distintas profesiones! Un oficinista sabe que ha de estar toda su vida, como una máquina de copiar, trasladando á un papel blanco lo que está en un papel escrito, si sus aptitudes no alcanzan mas que á la formacion

material de las letras. Un abogado se despestaña medio siglo defendiendo á presos, y á indios de Yauyos y de Canta, y ni en sueños se le ocurre atrapar una de aquellas causas de contrabando, que hacen la olla gorda, ni quebrantar sabrosamente las leyes con un buen pacto de *quota litis*, ni pescar bajo su proteccion, á uno de esos ingleses de alto bordo, que por un escrito de medio pliego, dejan sobre la mesa un cartucho de onzas de oro, que endulza por seis meses el fastidio de los alegatos y de las rebeldías. El infeliz médico no sale de los callejones de cuartos de San Lázaro ó de la Venturosa, si la naturaleza no le ha dotado de los talentos necesarios para asistir á los que no quieren recibir pasaporte para la eternidad, sino de los facultativos de mas fama. En la profesion de las armas, desgraciadamente ha sucedido todo lo contrario. Volvamos la vista á la faccion, y hallaremos en ella, con derecho á mover grandes masas de soldados, á este que seria un excelente jefe de cuerpo, y nada mas; á aquel que no debiera haber pasado de capitan, por que sus fuerzas no alcanzaban mas que al mando de una compañía; á esotro que debió consumir sus dias copiando órdenes jenerales en la mesa de un estado mayor. Aquí no se puede decir un *viejo teniente* un *viejo capitan*. Diciendo *viejo* no puede menos de decirse *Jeneral*.

Me iba desviando de mi asunto. Los que quieran mortificarse en meditar, ya he dicho que no tendran que admirar nada en que el Director haga las aplicaciones del arte, que no pueden hacer sus empíricos enemigos. Esto sucede con los que quieran mortificarse en meditar; pero como hay muchos que no se tomarán por todo el oro del mundo esta mortificacion; aunque sea cansando á los que meditan, me permitiré la libertad de recurrir á los hechos, en beneficio de los que no meditan.

Ayer, nada menos, hizo tres años que la plata labrada de la faccion, es decir, el valiente jeneral en jefe del ejército constitucional, supo en Cachamarca, quien era el hombre á quien hoy se esfuerza vanamente en derribar. Escribia D. Ramon que estaba en Cachamarca como en un Gibraltar; y el Gibraltar fué tomado en un santiamen, de la noche á la mañana. Acostarse D. Ramon á pierna suelta, y despertar sin mas salvacion que una precipitada fuga, es, en compendio, la historia de aquella célebre jornada.

Y ¿quién desalojó al encastillado en Cachamarca? ¿Y cómo le desalojó? ¿Y en qué circunstancias? ¿Y con qué elementos?

Le desalojó un jefe á quien San Roman, en lo mejor del cuento, le eliminó la mayor parte del ejército, por medio de una de aquellas manipulaciones que su señoria sabe guardar para los dias de gala. Le desalojó un jefe contra quien el grito de San Roman encontró écos, en un escuadron que estaba en marcha, y en un batallon que estaba en Arequipa. Le desalojó un jefe cuya autoridad, por tan frecuentes contratiempos, habia quedado reducida á una parte del Departamento de Arequipa, y á un escaso número de soldados. En tan crítica situacion, supo aprovecharse de estos pocos soldados, del mérito de los jefes que le acompañaban, del entusiasmo de los pneblos que le estaban sometidos; y en dos meses escasos, con tan reducidos elementos, levantó y disciplinó un ejército que arrojó del inexpugnable Cachamarca al impertérrito caudillo. Los que no quieran, pues, raciocinar sino con el auxilio de los hechos, tienen en este piadoso recuerdo con qué entretenerse los ratos ociosos, mientras á mí se me antoja volver á tomar en otro número de la "Guardia," el hilo de mi discurso. Esto es suponiendo que este discurso tenga hilo, y sea discurso; por que, á decir verdad, ni una ni otra cosa me he propuesto. Yo he adquirido ya tal franqueza con mis amables lectores, que emprendo con ellos una conversacion tan familiar, como pudiera con el mas antiguo de mis amigos. Asi debe ser para entendernos; porque eso de querer demostrar verdades importantes con frases de melodrama, es, como se suele decir, trabajar para el Obispo.



LA RAZON Y LA FUERZA.

I.

Siempre que dos partidos ó dos elementos cualesquiera de influjo entre los hombres, entran en pugna ó son considerados como espuestos á entrar en pugna, alegan en su favor la RAZON y la FUERZA. En toda pretension de superioridad política estos dos elementos de poder se presentan de tal modo unidos, que no parece sino que atendida su naturaleza deben necesariamente constituir una liga indisoluble. Atribuid á un bando únicamente la razon: os llamará débil, irresoluto, contemporizador. Dadle solo la fuerza: os apellidará injusto, lijero y quizá estúpido. La razon y la fuerza juntas é inseparables son condiciones de vida para todo elemento político, para una fraccion aspirante, como para el gobierno mejor establecido.

No hay sin embargo un enlace preciso entre aquellos dos poderes. No solo pueden existir separados, sino que tal es su manera de ser en cuantas ocasiones se encaran dos ó mas partidos escluyentes. Pero cada cual sabe que es incompleto su prestijio, que caducan sus probabilidades desde que le falte la asistencia de uno de aquellos principios de pujanza. La razon y la fuerza son en efecto los dos grandes motores de todo lo que debe hacer un camino, las dos grandes bases de todo lo que ha ser edificado, los dos grandes apoyos de todo lo que ha de conservarse. Su union bajo una sola enseña es el preludio de un triunfo indispensable. Vano es luchar contra semejantes poderes: la humanidad entera se ve obligada á sometérseles.

4448

La razon por sí sola lleva ya el timbre de mas gloria que puede adornar á una pretension cualquiera. Deberia arrastrar consigo á la fuerza, porque la lid de la razon con la fuerza es angustiosa y desconsoladora. Su causa es la mas bella y la mas justa, y el verla combatir por la fuerza brutal derrama la congoja por todos los corazones. Ella invoca el patrocinio de los hombres. Háblales el lenguaje de su verdadero interes, el interes jeneral, y estos títulos valiosos debieran ser mas que suficientes para reunir á los seres humanos bajo su estandarte. Semejantes títulos han sido no obstante pisoteados á menudo por la fuerza. Es de notar, que en lo mas elevado de su poder jamas la fuerza ha blasonado de su superioridad sobre la razon: la ha desconocido, la ha encubierto, pero no la ha befado. Ella confesaba así muy esplicitamente que no le es lícito atacarla, y que aquella divinidad, aunque débil, posee de derecho la inviolabilidad. Hónranse pues los partidos con la razon, preséntanla como su mejor título; pero no les satisface, porque es débil é ineficaz por sí sola en el estado actual de la civilizacion. Confiamos en que llegará un dia en que la esploracion de la verdad sea el primer paso de toda pretension; que los partidos la encontrarán fácilmente, porque la buscarán de buena fé, y que una vez hallada, la fuerza misma le rendirá el homenaje que le es debido.

La fuerza es invocada, es querida y solicitada con ahinco; empero los bandos políticos no desean poseerla aisladamente, y cuando su ambicion los ciega hasta el punto de acometer empresas no razonables, su mayor dilijencia es avanzar la idea de que los acompaña la razon al mismo tiempo que la fuerza. ¿Es porque ella no basta para el triunfo? Es porque su triunfo nunca dura si la razon lo reprueba. Es porque deshonra el empleo de la fuerza desnuda, y la deshonra es una fantasma temible para el hombre. Analizando mas, es porque la fuerza teme á la fuerza, que suele nacer de entre la razon vencida, ó como resultado de la deshonra. Los vapores embriagantes de la fuerza suelen oscurecer la razon, y por desgracia sucede que la imparcialidad se pierde en medio de aquel vértigo. A lo lejos, sin embargo, la razon se entrevé pálida y humilde reclamando un campeon que vindique sus fueros. La razon no desmaya nunca, y esto lo sabe la fuerza. ¿Quereis mas motivos de su inquietud? ¿Buscais nuevas causas de su ansiedad por tener á la razon? No puede tranquilizarse mientras no llegue á consagrar la creencia de que está asociada á la razon.

Apesar de estos caractéres diversos y aun opuestos de la razon y la fuerza, apesar de que no tengan un enlace necesario, hay entre ellas puntos de relacion. La razon tiene aun hoy dia, y hoy mas que antes, un principio de atraccion que obra sobre la fuerza. Ved este mecanismo. Los hombres se van penetrando de que la razon lleva consigo su mas positivo interes; que ella no puede engañarlos. Descubierta la razon, preconizada, y puesta en espectacion pública, los hombres por el instinto de su propia felicidad acuden en torno suyo. Pero los hombres son la fuerza.... Basta pues dar á conocer la razon. Muéstrese la verdad, el interes á los pueblos, y ellos defenderan la razon. En esto consiste todo el problema. ¿Qué inmensos beneficios no hacen pues á los pueblos sus instructores? Pudiera decirse que ellos hacen ejércitos, ya que ponen en juego el principio de la atraccion.

Por su parte la fuerza es un indicio de la razon. Expliquémonos. La fuerza es susceptible de grados, y esta cualidad la hace engañosa. Uno, dos ó tres casos de pujanza parcial, de predominio relativo, de superiosidad comparativa á los elementos contrarios, no son una demostracion de la fuerza. Téngase muy presente que la fuerza nunca entra en lid propia y fisica sino con la fuerza. La razon nunca combate por sí misma. Es una virjen pudorosa que tendria á mengua empeñar una lucha con la desvergonzada Belona. Comete su defensa á elementos análogos al poder que la ataca. Opone la fuerza á la fuerza. Pero la fuerza que combate por la razon es victoriosa tarde ó temprano. Su triunfo no es casi mas que una cuestion de tiempo. La fuerza desnuda puede triunfar momentánea y parcialmente. Pero para entendernos, llamemos solo *fuerza* al gran poder que sobrepuja definitivamente, al que ha resistido contrastes, al que no ha desmayado, al que ha recobrado su vigor que parecia aniquilado, al verdadero *fenix* renacido de sus cenizas. Este elemento formidable es el que hemos considerado como indicio de la razon.--He aquí la alianza de la *Razon* y la *Fuerza*. Arquímedes pedia un punto de apoyo para mover el mundo. Para el mundo moral, ese punto existe no menos que la palanca. Dadme la *razon*, y yo moveré á la sociedad con la *fuerza*.

Estos principios jenerales son de facil aplicacion. Era nuestro ánimo pasar con su auxilio una rápida revista al Gobierno Directorial; pero nos falta ya hoy el espacio necesario. Procuraremos demostrar en nuestro número siguiente, que la administracion de Enero, sacada por la razon del torbellino revolucionario, fué mecida desde su cuna por la fuerza, y que una y otra la salvarán en la pugna que elementos espureos y subalternos han osado promoverle.



CASTILLA EN AYACUCHO.

Tengo la desgracia, yo, el que escribe este artículo, de pensar en lo que ha pasado, y dejar lo presente para despues. En verano, pienso en los frios del invierno, en el charco de las calles, en mi *paletot*, y en los paseos de amancaes. En invierno, parlo de los baños, del Chorrillo, de las fresqueras y de las corridas de toros. En fin, siempre estoy atrasado respecto de mis conciudadanos en seis meses cuando me-

atraso en mis ideas, me
nos; y quizá por esto á Castilla en
viene hoy la gana de considerar el pobre hacien-
Ayacucho, cuando acaso estará
do penitencia en Sierra-morena.
¿Qué hace Castilla en Ayacucho? Esta

pregunta me hice á mi mismo al dispertar hoy en mi cama, porque yo nunca voy á dispertar en la ajena, y en verdad no sabia qué respon- derme. El es activo indudablemente, pero esta actividad es la que ocasiona mi deseo de saber lo que hará en aquel pequeño recinto en que lo tiene confinado el Director. Si se encierra en un lugar estrecho á un animal manso y quieto, un asno por ejemplo, no hay nada que figurar- se sobre lo que hará. Claro es que cuando mu- cho se dará sus vueltas sobre sí mismo, ponien- do unos ratos la cabeza para donde tenia las ancas, y otros las ancas para donde tuvo la ca- beza. El resto del tiempo lo pasará espantan- dose las moscas con la cola. Esto no tiene gracia; pero encierre U. una ardilla en una jaula, y habrá mucho que ver seguramente; por esto tengo curiosidad de saber lo que hará D. Ramon en su encierro. No es esto decir que sea ardi- lla, pero es activo, y no está quieto jamás. No estoy para definiciones y distinciones, y por esto no daré idea de la clase de actividad de D. Ra- mon; pero él es activo, repito, y en verdad que en la ocasion presente no querria yo estar á su la- do de secretario suyo, ó de Jefe de Estado Ma- yor; lo primero porque soy perezoso, y lo se- gundo porque no me gusta hacer nada inútil- mente.

"Ponga U. una órden, me diria, para que vengan inmediatamente, aunque sea por el aire (así suele decir, y así le sentaria bien ahora) todas las tropas, armas, municiones, vestua- rios, herraduras, caballos, bacas, carneros, y pesos fuertes ó sencillos que haya en Tarapacá, Tacna, Moquegua, Puno, Santa- Rosa y Limatambo"—"Señor Jeneral, ya se pu- so esa órden hace dias, y lo que ha venido es la dispersion de Santa-Rosa y la de Limatam- bo."—"¿Eso ha venido, eh? pues ponga U. una contra-órden para que no vengan mas de esas cosas"—"¿A quien la dirijo?"—"A San Roman" —¿"San Roman, eh? le digo yo á mi turno"— "Pues á Cisneros"—"¿Cisneros, eh?"—¿"Y que tiene Cisneros? me dice colérico"—"Cisneros, le respondo, Cisneros es todo de La-Fuente; y Cisneros y La-Fuente son todo de la Aduana de Arica, ó la Aduana de Arica es toda de Cisneros y *La*-Fuente, y no se meten en mas: y la Junta, y la Constitucion, y U., no importan para ellos un cigarro"—"Pues ponga U. una ór- den para que los fusilen"—"¿Y quién los fusila?" —"¿Que le importa á U? me dice sofocado; y ponga U. otra órden para que quede espe- dito el camino de aqui á Lima, y otra para.... para...."—"¿Para que no se mueva el Direc- tor de *Lucanas*? ¿No es así?"—"Para un de- monio, me responde; y ponga *U.* otra órden pa- ra que tomen las armas todos los habitantes de esta Ciudad, sin exceptuar ni al obispo; y otra para que...."—"¿Para que Dios nos en- vie esas armas? ¿no es así mi Jeneral?"—"Se comprarán armas, me dice: y ponga U. otra órden para que se expriman todos los bolsillos de estos ayacuchanos, y se saquen treinta mil pesos para las urjencias de la guerra."—"Ya se puso esa órden mi Jeneral, y se pusie- ron otras cosas mas á los pies, y á las ma- nos de los ayacuchanos; y se sacaron los trein- ta mil pesos; y no quedó ni un cuartillo en esta tierra."—"Pues una nueva órden para.... para que...."—"¿Para que nos encontremos un entierro de cien mil pesos? ¿no es así mi Jene- ral?"—"Para que lo entierren á U. vivo, me dice furioso"; y sigue dictandome diez ó doce ordenes, y sale, y se va á los cuarteles á ver no sé qué; porque los soldados están en los cuarteles como las pesetas en los bolsillos de los emplea- dos; y sale de los cuarteles tan pronto como entró; y va á practicar un reconocimiento con su plana mayor, que está tan despoblada co- mo las encías de un viejo; y quiere reconocer- lo todo, menos el lado por donde va el Direc- tor, por que esto no le agrada, como no agra- da á un enfermo, de enfermedad incurable, que el médico le reconozca la herida y vea que se acerca el momento de la muerte; y vuel- ve á la ciudad, y vuelve á los cuarteles, y vuelve á su melancolía; y vuelve al campo, y vuelve al miedo. Así pasa el dia, y lle- ga la noche, y manda poner nuevas órde- nes hasta que todos se duermen; que es lo que deben hacer, y lo que á él tambien le con- vendria en la situacion en que se halla. Pero no; se pone á hablar solo, y dá paseos, y accio- na que es un contento. Las pobres viudas cuan- do él era ministro de hacienda (¡lo que se ha visto en el Perú!) le habian observado que su accion, ó jesto favorito, era traer la mano de- recha hasta el pecho; poner los dos dedos el ín- dice y el que le sigue, que no sé como se lla- ma, rectos y tiesos como de palo; y luego lle- var esa mano con violencia describiendo una diagonal hasta donde el brazo le alcanzaba. Así les negaba el pago, así lo concedia, así les decia desverguenzas, y así las despedia. Pues lo mismo hace ahora estando solo, y hablando solo, como se halla. No parece sino que esos dedazos y manotadas, fueran otras tantas estoca- das mortales, y que dijera: "esta para el Direc- " tor; ya murió: esta para el Prefecto de *Lima*, y " esta para el Comandante Jeneral, ya cayeron: " con esta ensarto á Pezet y Bustamante, y Vijil: " ahora á La-Fuente: otra á Cisneros y San Ro- "man...." Ni el romperse las uñas contra la pared, ni el lastimarse las rodillas contra una mesa, lo despiertan. Así pasa la noche y así lo sorpren- de la aurora. La luz del nuevo dia no le trae otra cosa sino que ya uno menos tiene que pasar en Ayacucho. El Director se ha movi- do, y él debe tambien moverse ¿pero á don- de? A los cuarteles, á los reconocimientos, á dar órdenes y estocadas con los dedos.... ¡oh! es muy activo ¿pero por qué no hace una revista de su ejército? Por la misma razon por que un emigrado no hace sacudir al aire